



Biblioteca pública: mientras llega el futuro
Fernando Juárez-Urquijo

Primera persona del presente del verbo posibilitar

David Lankes creó un meme que decía algo así como que «las malas bibliotecas desarrollan colecciones, las buenas servicios y las extraordinarias comunidades». En el cambio de tiempos que estamos viviendo en el paso de la sociedad industrial a la de la información se está relativizando la importancia del producto para centrarse en el desarrollo del servicio que se construye alrededor de dicho producto. El meme de Lankes ilustra dicho cambio cuando lo aplicamos a las bibliotecas. Esto es, se observa una tendencia a priorizar el acceso a la lectura y la experiencia relacionada a la misma sobre el libro.

Las bibliotecas ya no tratan de libros o, al menos, no sólo de libros sino también de acceso plural, democrático y colaborativo a la información.

Curiosamente, la imagen general que el público tiene de las bibliotecas es el de esos ‘templos del saber’ en el que el silencio impone un férreo peaje a cualquier relación interpersonal que pretenda desarrollarse. Resulta arriesgado asumir este tipo de imaginario colectivo ‘impuesto’ pues en unos tiempos en los que los usuarios son más autónomos podría pasar que cambiara el discurso dominante y se presentara a las bibliotecas como algo anclado en el pasado y superfluo. Un gasto que habría que reducir o quitar, vamos. Es trabajo nuestro, por tanto, alterar la relación con el usuario en pro del mismo, pasando de la mediación a la colaboración y ofertando servicios que atiendan a necesidades que se ajustarían a los niveles más elevados de la pirámide maslowiana como serían el de pertenencia a una comunidad y autorrealización.

En este punto, Fernando Juárez-Urquijo, desde la biblioteca de Muskiz, nos dibuja los trazos de esta situación general y nos muestra de forma práctica cómo podríamos mejorar la experiencia de los servicios que ofertamos mediante aptitudes y destrezas que ya tenemos arraigadas en la vida diaria y que, desde esta nueva perspectiva, podríamos aplicar a la biblioteca.

Lo bonito es que lo hace de esa forma tan personal y atractiva a la que nos tiene acostumbradas. Se trata de una experiencia narrada tan en primera persona que si trabajas, o has trabajado, en una biblioteca pequeña no podrás dejar de sentirte identificada con las situaciones cotidianas que plantea a lo largo de la obra. Junto a esa constante y amigable primera persona observamos que, además, lo hace en presente porque sabe que el escollo principal en este tipo de bibliotecas es el encarar el día a día («capear el presente mientras llega el futuro»). Todo ello redondeado con un tono posibilista con que quiere darnos a entender que de lo que se trata es de quitarse miedos y disfrutar con los medios (irremediablemente cambiantes) que este vertiginoso panorama nos ofrece. Teniendo siempre en cuenta, eso sí, la finalidad de lo que se pretende para no crear procesos más pendientes de la herramienta que del resultado. Una obra imprescindible si desde una biblioteca pequeña quieres aprovechar las posibilidades actuales que te ofrecen estos tiempos.

Ibon Idoiaga (Biblioteca Leioa)